

La intervención aliada en el Golfo: una presencia paradójica

RAFAEL L. BARDAJI,
Director Grupo de Estudios Estratégicos

EL conflicto Irán-Iraq ha cumplido su séptimo aniversario el pasado mes de septiembre en un momento en el que, lejos de apaciguarse las hostilidades, el nivel de violencia no hace sino aumentar. Es más, a pesar de la resolución de la ONU llamando al alto el fuego y la buena voluntad desplegada por su Secretario General, Javier Pérez de Cuéllar, en sus recientes visitas a Teherán y Bagdad, no sólo el fin del conflicto parece lejano sino que sus efectos empiezan a sentirse sostenidamente más allá de la frontera natural de la zona, implicando más y más a las superpotencias y a los aliados, países ajenos al área.

El incremento de los ataques aéreos iraquíes sobre buques de diversos pabellones, el minado iraní de las aguas del Golfo, las escaramuzas de las lanchas rápidas de los "guardianes de la revolución" y la permanente amenaza iraní de cerrar el Estrecho de Ormuz al tráfico naviero ha llevado a que países aliados occidentales envíen destacamentos navales a la zona formalmente en protección del tráfico marítimo, pero también como una medida disuasoria para que los beligerantes —y muy particularmente Irán— restrinjan sus actividades hostiles. Lamentablemente, esta acción, lejos de acabar en los resultados apetecidos, no ha podido contener el conflicto ni tampoco impedir la escalada del mismo: Iraq prosigue en su nueva guerra de los petroleros, Irán hace uso de sus misiles incluso contra buques norteamericanos y las fuerzas de los EEUU, ya en su legítimo derecho a la autodefensa ya como represalia, se ven enzarzadas en más y más acciones bélicas. La destrucción de una plataforma petrolífera iraní el pasado 19 de octubre en represalia "prudente, limitada y proporcionada" —según la Casa Blanca— al ataque de Irán con misiles de fabricación china *silkworm* contra el superpetrolero *Sungari* y otros buques americanos es un buen ejemplo, pero de no ponerse coto a los ataques, el conflicto amenaza con cambiar de naturaleza.

EL ORIGEN DE LAS FUERZAS ALIADAS EN LA ZONA

LA chispa que ha provocado el envío de más de 40 navios de la armada norteamericana y otros destacamentos occidentales, principalmente franceses, pero también británicos, holandeses e italianos, puede situarse en los serios daños causados a la fragata americana *Stark*, alcanzada por un misil *Exocet* lanzado desde un avión iraquí. El ataque fue un desgraciado error al que las partes implicadas restaron importancia; pero en realidad Iraq estaba ya preparando una nueva "guerra de petroleros" en las aguas del Golfo que comenzaría a cobrar virulencia hacia finales de este agosto pasado.

La estrategia iraquí era clara: frente al temor de las posibles pérdidas en el campo de batalla terrestre, incrementar los ataques aeronavales al objeto de provocar una acción radical por parte iraní. Por un lado se aumentaban los daños a la exportación petrolífera de Irán, dificultando la financiación de su esfuerzo de guerra, pero, sobre todo, se buscaba la escalada y el eventual cierre del Estrecho de Ormuz por parte iraní para que las potencias occidentales se interpusieran entre los beligerantes, condenaran a Irán y estabilizaran la zona en beneficio del régimen de Bagdad.

Y aunque la escalada abierta no se ha producido todavía, la lógica parece haber funcionado relativamente bien: ha sido el minado de las aguas del Golfo por parte de Irán y no los ataques iraquíes lo que ha unido a los occidentales a destacar unas fuerzas en la zona.

El ametrallamiento de petroleros por lanchas rápidas de la revolución islámica llevó en un principio a que la Casa Blanca accediese a las pretensiones kuwaitíes de poner sus superpetroleros bajo pabellón americano, de tal forma que cualquier intento de detenerlos en su tránsito hacia o desde las terminales de carga significase una agresión directa contra los propios EE.UU.

No obstante, sería con la aparición de minas de fabricación italiana en el Golfo sembradas por Irán, cuando los EEUU se decidieron a aumentar su presencia naval en la zona y cuando empezasen a demandar de sus aliados una mayor colaboración militar habida cuenta de que lo que estaba en juego era no sólo el principio de libre navegación de los mares sino el libre tránsito de una materia prima de la que los europeos son mucho más dependientes que los propios americanos.

Y en efecto, de una manera algo descoordinada, uno a uno, todos los aliados irían pronunciándose sobre las vías de resolver el conflicto y la posibilidad de enviar contingentes a la zona. Y aunque a comienzos de agosto casi ningún miembro de la OTAN reconocía estar dispuesto a secundar la presencia naval americana en el Golfo, hoy son ya cinco naciones las que mantienen buques en la zona e incluso la República Federal

de Alemania, cuya constitución prohíbe taxativamente el envío de tropas fuera del área OTAN, ha enviado buques al Mediterráneo en sustitución de las fuerzas de la VI Flota que han sido transferidas al Golfo.

En un principio, la mayoría de países rechazó las pretensiones norteamericanas de garantizar la libre navegación en el Golfo mediante fuerzas navales. La Primera Ministra Margaret Thatcher abanderaría a comienzos de agosto la postura de intentar dar una salida a la crisis mediante la negociación y mediación de las Naciones Unidas. La ejecución de la Resolución 598 adoptada por el Consejo de Seguridad de la ONU el 20 de julio parecía ser todavía el mejor esfuerzo de cooperación entre las naciones para conseguir un alto el fuego. De igual opinión se mostrarían tanto el Primer Ministro Italiano, Gorio, como su Ministro de Defensa, Zanonne, quienes asegurarían en la misma semana de agosto que Italia no iría al Golfo.

Sin embargo la situación generada por los ataques de la aviación iraquí y las constantes escaramuzas iraníes, volvían el camino de la ONU un sendero intransitable: Irán ponía como condición para el alto el fuego el cese de los ataques iraquíes sobre los petroleros, pero ni cuando Iraq cambió sus blancos por instalaciones en tierra, Irán dejó de amenazar el tránsito de los buques.

Así, el peligro de las minas llevaría a que el gobierno holandés elaborase un plan de cooperación aliada para el Golfo con el objetivo principal de limpiar la zona de artefactos explosivos. No obstante, para despejar incógnitas sobre el deseo disuasorio de una flotilla occidental de dragaminas, ésta debería estar coordinada y bajo el control de la Unión Europea Occidental, de tal forma que una simple escuadrilla defensiva dejase claro a Irán la voluntad aliada de impedir sus designios sobre la zona.

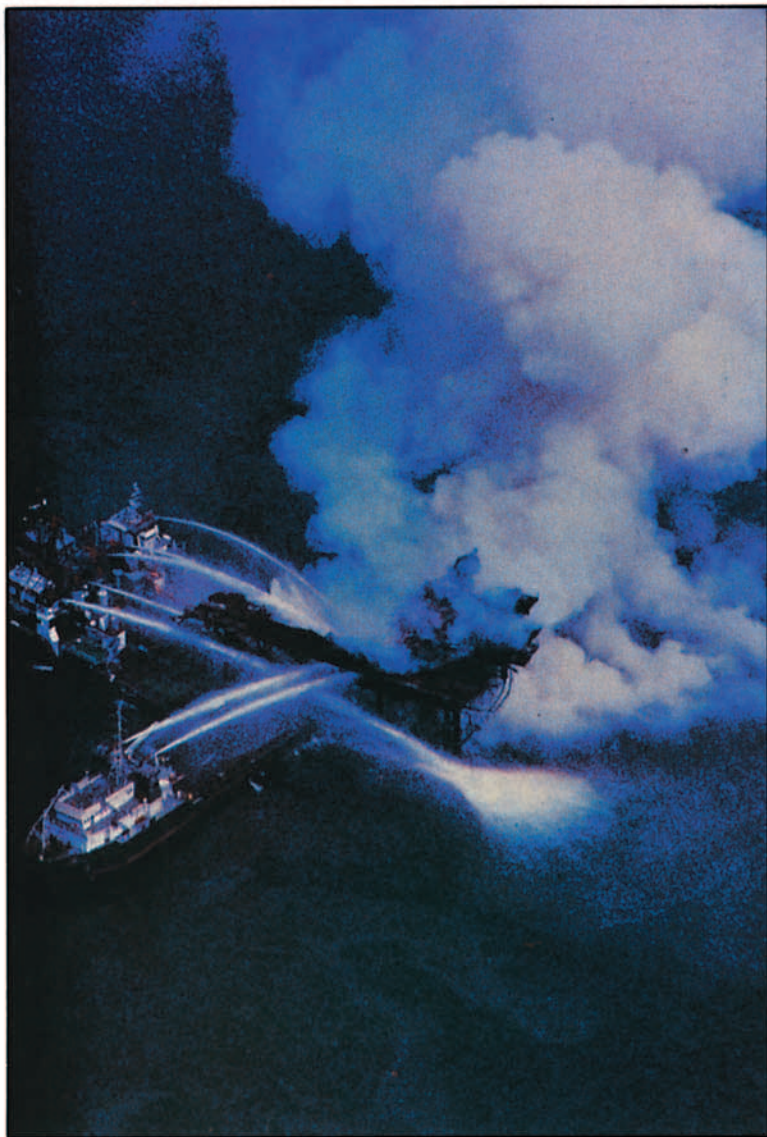
El plan fue presentado a los italianos quienes, inmersos en el escándalo de la venta de armas a Irán y muy particularmente de las minas, parece ser que dieron su visto bueno.

De esa forma, la reunión de la UEO a mediados de agosto en La Haya, discutiría la iniciativa holandesa. De acuerdo con las declaraciones del Ministro de Asuntos Exteriores holandés, Hans van den Broek, "si las naciones europeas identifican la libre navegación en el golfo como un interés vital para ellas, debemos estar dispuestos, en principio, a contribuir al esfuerzo en asegurar la libre navegación". Para pesar del Ministro, y aún cuando los otros seis miembros de la UEO admitían la importancia de las líneas marítimas que pasan por el Golfo, la UEO rechazó en cuanto tal la idea de una contribución coordinada y directa encaminada a mantener la libre navegación en el Golfo mediante fuerzas de los países miembros.

Por lo que se ha podido saber, los británicos adujeron la necesidad de no presentar un frente aliado homogéneo a fin de no facilitar la típica respuesta soviética a lo que podría entenderse un destacamento OTAN: incrementar a su vez sus fuerzas en el Golfo, globalizando el conflicto.

Descartada la acción conjunta, cada nación iría poniendo proa al Golfo en distintas circunstancias. Británicos, italianos y holandeses asumirían el envío de dragaminas a pesar de sus negativas originales, pero sería Francia quien más decisión mostrara en enseñar su pabellón frente a las costas de Irán.

Como derivación de la "guerra de las embajadas" sostenida con Irán este verano y que concluyó con la retirada de las representaciones diplomáticas de ambos países por un problema de terrorismo islámico y de rehenes, la presencia habitual de dos destructores, una corbeta y los buques de apoyo franceses en el Golfo,



La destrucción de una plataforma iraní el pasado 19 de octubre, como represalia al ataque de este país contra buques norteamericanos con misiles Silkworm es un probable indicio de que el conflicto amenaza con cambiar de naturaleza.

el gobierno galo se decidió por enviar refuerzos a la zona a mediados de agosto. De una manera inequívoca aunque poco clara. El portaaviones *Clemenceau*, dos fragatas y otras embarcaciones partirían de Tolon rumbo al Golfo, donde ahora se encuentran.

Con el telón de fondo de estas operaciones de ayuda y ante la realidad de una guerra más y más violenta y peligrosa, los EEUU también resolvieron mantener una mayor presencia naval en la zona, de tal forma que a sus tres cruceros, un destructor, cuatro fragatas y un buque de mando en el Golfo, más un portaaviones, dos fragatas y dos buques de escolta en el mar de Omán, se le uniría un grupo de combate con una escolta de seis buques, destructores y fragatas así como diversos sistemas anfibios y helicópteros cazaminas. En total, más de 40 navíos.

Desgraciadamente, y a pesar de la buena labor occidental, Irán no ha cesado en sus amenazas y ataques, aunque el peligro de las minas ha disminuido. Lo que no ha disminuido es la presencia soviética en el área, modesta en un principio, pero que no deja de incrementarse a la vez que las posiciones del Kremlin se modifican generosamente en favor de Irán y contra la presencia aliada en la zona.

LA URSS: UN RENOVADO PAPEL EN LA ZONA

EN efecto, para los líderes soviéticos la guerra del Golfo requiere una nueva consideración con la presencia de tropas aliadas en la zona. La postura tradicional mantenida frente al conflicto ha sido la de observar un equilibrio relativo hacia Iraq e Irán, primero deseosa de sacar provecho de la revolución jomeinista y luego, tras demostrarse la incompatibilidad religiosa con el marxismo imperial de la URSS, apuntalando a Saddam Hussein frente a una derrota terrestre. Ahora, la intervención aliada, y muy especialmente la americana, encaminada según Moscú a "forzar a los países árabes a ceder bases militares", vuelve a llevar al Kremlin a un entendimiento con los dirigentes iraníes en un intento de que los EEUU no ganen excesivas posiciones en una zona próxima al suelo de la URSS, altamente inestable y sobre la que siempre han planeado los intereses soviéticos.

La estrategia desplegada por Moscú es doble: por un lado luchar diplomáticamente por circunscribir la solución al enfrentamiento al juego de las Naciones Unidas. Por otro, acelerar la normalización de sus relaciones con el régimen de Teherán para llevarle a un alineamiento progresivo en beneficio de sus intereses en la zona.

El primer camino se ha revelado baldío muy pronto, a pesar de apoyar la resolución 598, defender la mediación de Pérez de Cuéllar y condenar la violación del alto el fuego, la URSS ha rechazado toda posibilidad de imponer sanciones sobre Irán, particularmente las referentes a un embargo de armas.

La segunda vertiente parece más satisfactoria para Moscú. Sin dejar de expresar su interés por la libre navegación y amenazar a Irán con una represalia en el caso de que sus buques fueran agredidos, las entrevistas y los acuerdos con la cúpula shii se han ido multiplicando en los últimos meses. Así, tanto en junio como en agosto, Voronov, segundo de a bordo de la diplomacia soviética, ha visitado Teherán y permanece abierta la invitación para que el presidente del Majlis, Rafsandjani, viaje hasta Moscú a finales de noviembre, principios de diciembre.

Pero más allá de lo que Teherán y Moscú comentan como un nuevo entendimiento político, ambos países han concluido acuerdos este verano para la construcción de nuevos oleoductos así como la apertura de un viejo gaseoducto y una línea de ferrocarril que permitiría a Irán en el futuro escapar de cualquier bloqueo naval de sus aguas. Moscú ha obtenido concesiones de prospección *offshore* en el Caspio y, sobre todo, un gobierno presumiblemente más y más cliente y más y más dependiente, con un gran potencial de poner en peligro la situación occidental en la región.

LA DIPLOMACIA, LA UNICA ALTERNATIVA ESPERANZADORA

A pesar de la buena voluntad de los países aliados, su presencia en la zona sigue estando teñida de contradicciones e incoherencias que la vuelven relativamente ineficaz y altamente peligrosa. Por un lado, ha servido para acabar con los deseos americanos de mantener a la URSS alejada del teatro del Golfo. Por otro, la falta de una directriz bien definida hace de los buques, una vez resuelto el problema de las minas, unas fuerzas sin misión o, peor, con una misión imposible: presionar a Irán.

Los dragaminas han sido eficaces en su labor de detectar y acabar con los ingenios explosivos. Nadie lo duda. Pero las fuerzas de intervención o no cuentan con los efectivos suficientes para llegar a ser disuasorias (caso francés) o adolecen de unas directrices claras que den un sentido a su patrullar (caso americano).

Es más, la presencia occidental en las aguas del Golfo, constituye una inmejorable diana para cualquiera que desee atacarla. Y por tanto, es un perfecto seguro para el desastre, ya que cualquiera de las cinco naciones aliadas en el Golfo, caso de ser atacada, debería optar por no hacer nada y retirarse calladamente o por represaliar al agresor, iniciando así una espiral de violencia y extendiendo automáticamente la guerra.

Precisamente ese temor a expandir las operaciones bélicas ha mantenido la paradoja occidental de que estando allí para garantizar la libre navegación, no se culpe a Iraq —el autor de la mayoría de los ataques— y se ponga en punto de mira en Teherán —la amenaza a medio plazo— pero sin reconocer que la libre navegación a quien favorece directamente es a Irán, quien depende de su tráfico marítimo para exportar el petróleo y para recibir material militar.

Es cierto que el camino andado por las Naciones Unidas no se puede retornar y que la retirada de las fuerzas foráneas tampoco es practicable, además de favorecer a Moscú. Pero podría ser una alternativa la creación de una fuerza combinada bajo la bandera de la ONU. El carácter del conflicto y su actual limitación parece que lo permitiría siempre y cuando ningún miembro permanente del Consejo de Seguridad quedara excluido de antemano.

Puede que sea un camino también difícil, pero de no hallarse una solución pacífica al enfrentamiento, el Golfo se convertirá en otro polvorín y la guerra amenazará con durar hasta el fin del mundo, si no algo peor. ■